

en las de los pueblos. Por el cánón décimo se advierte el extremo de degradacion en que se hallaban ya las letras y los estudios. Fue necesario hacer este decreto para obligar á los sacerdotes á que se hiciesen capaces de explicar en lengua vulgar el símbolo de la fe, la oracion dominical, y las palabras que constituyen la forma del bautismo y de los demás sacramentos. El cánón doce muda la observancia de las fiestas segun el martirologio romano, á saber, el de Beda que solo regia en aquel tiempo; y esta fue la primera vez que se hizo mencion de él. Por el cánón veintitres se exhorta á la frecuente comunión, no solo á las personas consagradas á Dios, sino tambien á los legos, especialmente á los jóvenes, en cuyo corazon reinaba todavía la inocencia, y á los ancianos que la habian recuperado. El cánón veintiseis persuade la limosna, y declama al mismo tiempo contra el abuso que se iba introduciendo de redimir ó conmutar las penas canónicas impuestas por los sacerdotes para la satisfaccion de los pecados, no menos que el de hacer cumplir por otros á precio de dinero la penitencia impuesta personalmente, como ayunar ó cantar los salmos. Las palabras del concilio son las siguientes: „debiendo ser la penitencia un remedio para las faltas cometidas y un preservativo de la reincidencia, es muy justo que la misma carne que ha pecado sufra el castigo; pues si fuese dable satisfacer por otros, los ricos conseguirian mas fácilmente la salvacion que los pobres, lo cual se opondrá al Evangelio.”

56. En el mismo año en que el Rey de los mer-cienses mandó celebrar este concilio tan saludable para su pueblo, ofrecia Carloman á la Austrasia y á todo el mundo cristiano otro ejemplo mucho mas edificante (1). Este Príncipe francés, superior en poder á la mayor parte de los Reyes, y célebre por su valor, y por una larga serie de victorias conseguidas contra los alemanes, sajones y bávaros, hallándose en la cumbre de la gloria y de la prosperidad, formó la resolucion de dejar el siglo y abrazar la vida monástica. Una piedad sincera y un amor entrañable á la Religion, señalaron constantemente los dias de su vida; pero la dificultad de conciliar las obligaciones de la conciencia con los usos de la política en la situacion en que se hallaba el gobierno, escitaron en su corazon un sin fin de movimientos dolorosos. Por una parte conocia la necesidad de devolver los bienes de la Iglesia, segun los consejos de San Bonifacio y los decretos del concilio de Germania; y por otra temia el descontento de los militares si les quitaba la recompensa de sus servicios en un tiempo en que los necesitaba mas que nunca. Se afligía igualmente al considerar las expediciones sangrientas y ruinosas que la necesidad de los negocios del estado le obligaba á hacer contra los sentimientos dulces y benéficos, propios de su corazon. Sobre todo no podia borrar de su espíritu la funesta memoria de haber mandado degollar en el año anterior á una multitud de alemanes rebeldes. Tomó

(1) *Act. SS. Bened. tom. 4. pag. 123.*

el partido de abdicar unas dignidades tan fecundas en amarguras, y de consagrarse enteramente al Dios de clemencia y misericordia. Así pues, en el año 747, séptimo de su reinado, despues de haber participado esta resolucion á su hermano Pipino, á quien nombró heredero de sus estados, dejó la Francia, y emprendió el camino de Roma, en cuya ciudad se propuso desde luego buscar un asilo.

Llegó á aquella capital acompañado de una corte numerosa que no podia resolverse á separarse de su persona, á pesar de los esfuerzos con que Pipino procuró consolarlos, prodigándoles dádivas magníficas. En presencia de aquellos grandes enternecidos hasta el extremo de derramar lágrimas, se postró el Monarca á los pies del Pontífice Zacarías, el cual le vistió el hábito monástico. Concluida esta ceremonia se retiró al monte Soracte, donde edificó un monasterio en honor del Papa San Silvestre, que aseguraban haberse ocultado en él durante el tiempo de la persecucion. Y como las visitas frecuentes de los franceses que iban á Roma, turbasen la quietud de su retiro, pasó á Monte-Casino, donde hizo voto de permanecer segun la regla. Vivía todavía el abad Petronacio, restaurador del esplendor y del fervor primitivo de este monasterio famoso; y bajo la direccion de un maestro tan eminente hizo Carloman rápidos progresos en todas las virtudes religiosas. Los egercicios mas penosos y humildes tenian para él un atractivo muy particular. Servia en la cocina, trabajaba en la huerta, guardaba los ganados y mane-

jaba el azadon y el cayado con mas complacencia que la que habia tenido en llevar la espada y el cetro.

57. Aun fue mas asombroso el egemplo que tres años despues, es decir, en 750, ofreció al mundo Rachis, Rey de los lombardos (1). Depuesto del trono Hildebrando, cuyas iniquidades en el corto espacio de siete meses de reinado le hicieron insoportable á su nacion, le creyeron todos digno de suceder á Luitprando; y siendo duque de Friul, le elevaron al trono de Lombardía. No fue vana la esperanza que prometian sus cualidades reales, ó á lo menos su ardor por el mayor engrandecimiento de su reino, y por la ruina del simulacro quimérico del imperio que habia quedado en la Italia. Mientras que el exarcado estaba tranquilo, el lombardo, con pretextos políticos, levantó un egército numeroso, asoló toda la Pentápolis y puso sitio á Perúsa. Al oír esta noticia el Papa Zacarías, tomó inmediatamente su resolucion. Animado de aquella firmeza sacerdotal que habia desarmado ya la codicia de Luitprando, se dirigió á Perúsa acompañado de una gran parte de su clero, y persuadió de tal modo á Rachis con su elocuencia, que no solo le hizo levantar el sitio, sino que le inspiró la resolucion de dejar un trono que le parecia ya un escollo funesto.

Marchó el Rey á Roma á egemplo de Carloman: recibió igualmente de mano del Pontífice el hábito monástico, y se retiró al Monte-Casino, donde acabó santamente sus dias. Trescientos años despues de

(1) *Chr. Cass. lib. 1. cap. 8.*

su muerte se conservaba una viña con el nombre del santo Monarca, que él mismo había plantado y cultivado. Su esposa Tasia y su hija Ratrudis edificaron allí cerca un monasterio de monjas, al cual cedieron cuantiosos bienes, y pasaron también el resto de su vida en la regularidad más exacta. Astolfo sucedió á su hermano Rachiis en el reino de los lombardos.

ii 58. Por la abdicación de Carloman quedó Pipino Príncipe único de los franceses, y dueño absoluto del reino y de la dignidad real, no faltándole más que el título. Carlos Martel su padre, igualmente poderoso, y más ilustre por la continuación de sus triunfos, no se había atrevido á tomarle por no chocar con la preocupación de los pueblos. El hijo tuvo mayor osadía que su padre: ó por mejor decir, supo sacar partido de las circunstancias y de la posesión en que estaban los franceses de no obedecer á otros Príncipes que á los de su sangre. Fue igualmente querido de los eclesiásticos, cuyo celo protegía en todas ocasiones, que de todas las otras clases del pueblo (1). Después de haberse asegurado de la disposición de los ánimos, pidió en una asamblea nacional, con pretexto de procurar el bien común, que se le declarase Rey. Todos dieron su consentimiento con muchas aclamaciones de alegría. Pero quedaba otro obstáculo que vencer: era preciso deponer á Childerico, y anular el juramento de fidelidad. Sin embargo, la política, fecunda en recursos contra semejantes tropiezos, halló fácilmente medios pa-

(1) *Annal. Loisel. ann. 749. = Annal. Fuld. ann. 751.*

ra triunfar de todos los inconvenientes, y aun para justificarse á sí misma en el juicio de la posteridad.

¿Se llevará á bien que formemos alguna duda á pesar del torrente de los historiadores modernos, acerca de la autenticidad de la decisión famosa que tan absolutamente atribuyen al Papa Zacarías? En este particular se debe tener presente, que todas estas autoridades se reducen á la de Eginardo, el cual escribió bajo el reinado de Carlo-Magno, y á quien ellos han seguido ciegamente. Véase como presenta la cosa este autor casi contemporáneo, pero sospechoso en el asunto.

Dice, que San Bonifacio, legado de la santa Sede, Apóstol de la Germania, y oráculo de toda la Iglesia de Francia, propuso que se consultase al Vicario de Jesucristo: que diputaron á Burchardo, primer obispo de Wirsburgo, cuyo talento no era inferior á su santidad, asociándole á Fulrado, descendiente de una de las casas más poderosas de la Austrasia, nombrado por Pipino abad de San Dionisio, y archi-capellan de palacio, esto es, limosnero mayor; y que éstos dos ilustres diputados consultaron al Papa Zacarías en los términos siguientes: „¿á quién con más justicia debe darse el nombre de Rey? ¿al que carece de todo poder real, ó al que se halla en posesión y ejercicio de la soberanía?“ Y que el Papa respondió, sin nombrar á Childerico ni á Pipino, que era justo y razonable que aquel que tenía todo el poder real, tuviese igualmente el nombre de Rey.

Esta respuesta vaga y capciosa, atribuida á un

Pontífice tan virtuoso como Zacarías, ¿no la deberá estrañar todo escritor circunspecto? ¿y quién no sospechará de un hombre favorecido y panegirista de Carlo-Magno, que se dejó llevar del deseo de dar el colorido posible á la usurpacion de Pipino, padre de este Príncipe? ¿Y no será un efecto de aquella secreta preocupacion (demasiado natural aun á los cortesanos de probidad) que ultrajase sin distincion á todos los últimos descendientes de Meroveo: el que cometiéndolo sin fin de anacronismos, concede la madurez de las canas á unos niños de ocho ó diez años, atribuyendo á los Príncipes de catorce, tales como el desgraciado Childerico III, las costumbres disolutas del libertinage mas inveterado; y que nos presenta en fin el espectáculo de unos Reyes indolentes, conducidos el primer dia de Marzo en un carro tirado de bueyes, ó abismados en la mollicie del palacio de Mámaca, lo cual solo puede servir de asunto á los cuentos de viejas y nodrizas? Al mismo tiempo, los autores absolutamente contemporáneos nos manifiestan á muchos de estos Príncipes, por desgracia demasiado jóvenes para ser obedecidos, ya colocados al frente de sus ejércitos, y ya acostumbrándose por medio de las fatigas de la caza á los trabajos mas serios de la milicia. Pero sigamos la serie de la historia.

Luego que la política de Pipino superó todos los obstáculos, fue declarado Rey de los franceses y elevado, segun costumbre, al trono en la ciudad de Soissons en el mes de Marzo del año 752. El legado

San Bonifacio, dice Eginardo, le coronó y consagró para hacerle mas respetable al pueblo. Su esposa Berta ó Bertrada fue igualmente proclamada Reina, y con una ceremonia enteramente nueva colocada en el trono al lado de su esposo. Cortaron el pelo á Childerico, le encerraron en un monasterio, y corrió una voz bastante acreditada de que se habia vuelto loco.

Así empezó la segunda dinastía de los Monarcas franceses. El autor de su elevacion quiso consagrarla en cierto modo y acreditarla de obra del cielo, siendo el primero que introdujo la fórmula siguiente en sus diplomas: *Rey por la gracia de Dios*. Mas no tardó mucho tiempo en dar á conocer que procedia en esto por interés mas bien que por conviccion, y que la legitimidad de su eleccion le fue á él mismo muy sospechosa, supuesto que pidió al Papa Estévan la absolucion del crimen que conocia haber cometido faltando á la fidelidad debida á su legítimo Soberrano. Es muy difícil en efecto concebir, cómo un Pontífice tan digno del trono, y tantos santos prelados se prestaron á esta resolucion; pero esta es una cuestion que permanecerá siempre muy obscura por el ningun interés que podria sacarse de ella.

No puso límites á su benevolencia el Papa Zacarías con respecto al Rey Pipino. Le concedió, segun testimonio de Lupo, abad de Ferrieres, el nombramiento de los obispados vacantes en el imperio francés; ó por mejor decir, ratificó la posesion en que estaban los Reyes de dar las prelacías sin el consen-

timiento del pueblo ni del clero á los eclesiásticos de su corte, llamados clérigos palatinos. Creyó el Pontífice que valia mas autorizar un derecho que estaba en disputa, y legitimar un uso menos perfecto, que dar lugar á un sin fin de reclamaciones, no solo inútiles sino perjudiciales, que fomentarian una semilla eterna de division entre las dos potestades.

59. El primer fruto de la buena armonía entre la Cabeza de la Iglesia y el nuevo Monarca, fue la celebracion del concilio de Verberia. En el segundo año de su reinado convocó Pipino para este lugar una asamblea general de obispos y de señores del reino, á fin de poner remedio á la depravacion de las costumbres, principalmente en lo concerniente al matrimonio.

San Bonifacio por su parte conservaba cuidadosamente la santa unanimidad que debe reinar entre la Cabeza y los diversos miembros de la Iglesia que enseña. Recurría á las luces de la santa Sede en todos los negocios importantes. Apenas acababa de nacer la iglesia de la Germania, cuando ya el Evangelio habia de triunfar de mil enemigos domésticos. El santo arzobispo se quejaba al Papa, de que le rodeaban mas impostores que ministros católicos: que usurpaban el título de sacerdotes y obispos sin tener orden alguna; y que solo servian para trastornar el ministerio eclesiástico, y pervertir ó escandalizar á los pueblos (1). „Hipócritas sacrílegos, añade, aventureros depravados, reos de homicidio, de adulterio y de to-

(1) *Epist. 10. ap. Othol. cap. 9.*

da especie de atrocidad é infamia. Muchos esclavos desertores y delinquentes fugitivos se hacen desde luego tonsurar, se transforman de un golpe en ministros de Jesucristo, forman facciones entre los pueblos, tienen juntas sediciosas en parages ocultos y en las casas de los aldeanos; y lejos de enseñar á los paganos la santa doctrina que ellos ignoran, no se aplican mas que á perpetuar en las tinieblas y la impunidad del reino de Satanás.” Tales eran los obstáculos que la fe católica habia de vencer en la Germania, y sobre los cuales Bonifacio, su ilustre apóstol, consultaba al primer Pastor. Este le respondió, que en cualquiera parte que hallase semejantes ministros del demonio, los debia privar del sacerdocio en los concilios provinciales, y sujetarlos á los egercicios monásticos, para que acabasen su vida en la penitencia.

Condenó el Pontífice señaladamente á uno de estos dogmatizantes, llamado Virgilio, que habia sembrado la division entre el arzobispo Bonifacio y Odilon duque de Baviera, y á quien se acusaba de enseñar la existencia de otro mundo y de otros hombres debajo de la tierra, como tambien de otro sol y de otra luna. La condenacion fue severa, pues se mandó que el ministro seductor fuese arrojado de la Iglesia y degradado del sacerdocio. Mas el error de Virgilio no consistia precisamente en creer la existencia de los antípodas, sino que sus aserciones temerarias daban á entender, que no todos los hombres descendian de Adán, dando lugar á otras muchas consecuencias no menos injuriosas al Redentor del género humano.

En estas respuestas del Papa Zacarías se halla la aprobacion de la última eleccion que los franceses hicieron de Maguncia para metrópoli de Germania. El Pontífice, en favor de Bonifacio, confirma esta dignidad en sus sucesores; y declara que tendrian sujetos á su jurisdiccion los obispos de Tongres, de Colonia, de Worms, de Spira y de Utrech, con los de todas las ciudades en que San Bonifacio habia establecido la fe. Como el Santo se habia debilitado en extremo desde la primera vez que se propuso nombrarse un sucesor, trató de nuevo de dejar su silla para retirarse á Fulda. El Papa le disuadió de este pensamiento, y en alivio de su vejez le permitió elegirse un coadjutor, y ordenarle para esto, si le hallase digno de sucederle. Concedióle igualmente para su abadía de Fulda un privilegio de inmunidad, cual no se habia visto hasta entonces. Declara á aquel monasterio esento de toda jurisdiccion, á no ser de la Sede apostólica, de tal manera que ningun obispo pueda celebrar en él la misa como no sea convidado por el abad (1).

60. Este último favor no precedió mas que un año á la muerte del Papa Zacarías, el cual habiendo desempeñado por espacio de diez años y tres meses todas las funciones de un digno Pontífice con celo infatigable y con éxito feliz, murió santamente el dia 4 de Marzo de 752. En medio de los negocios ruidosos que ocuparon cuasi todo su pontificado, no dejó de cultivar las letras, y tradujo en griego, que era su

(1) *Epist. 14 ap. eumd. lib. 2. cap. 15.*

lengua materna, los diálogos de San Gregorio el grande. Descubrió la cabeza de San Jorge olvidada mucho tiempo habia dentro de una arca vieja en el palacio patriarcal, y la colocó con el honor debido en la diaconía de este mártir famoso; es decir, en la iglesia principal titulada con el nombre de San Jorge del velo de oro. Habiendo llegado á su noticia que los comerciantes venecianos tenian comprados en Roma muchos esclavos cristianos de uno y otro sexo para venderlos en Africa, puso en libertad á los cautivos, volvió á los comerciantes su dinero, y prohibió rigurosamente este tráfico indigno; no siendo justo, dice, que los que han llegado á ser hijos de Dios por el bautismo, sean esclavos de los infieles (1). Reedificó cuasi enteramente el palacio de Letran, hizo donativos inestimables á muchas iglesias, sobre todo á la de San Pedro en la que puso cortinas de seda á todas las columnas, y adornó el altar con un paramento tejido de oro y sembrado de piedras preciosas, que representaba el nacimiento de nuestro Señor Jesucristo. Añadió á esto cuatro velos guarnecidos de oro, y una corona tambien de oro con delfines de peso de ciento y veinte libras. En fin, estableció un fondo suficiente que redituase anualmente veinte libras de oro destinadas para el alumbrado. Además, fundó abundantes limosnas para los pobres y peregrinos: adquirió muchas posesiones para la Iglesia: puso en buen estado todas sus obras: aumentó un duplo las prebendas ó pensiones anuales de los clérigos,

(1) *Anast. in Zachar.*

á quienes trataba como á hijos, y se grangeó de este modo la estimacion de su pueblo, el cual vivió en la paz y en la abundancia durante su pontificado.

Hacia mucho tiempo que el pueblo romano no habia experimentado una beneficencia tan digna de sus aplausos, siendo estos los primeros efectos de la decadencia del imperio de los griegos en Italia, de la proteccion poderosa que los Príncipes franceses dispensaban á la Sede apostólica, y del engrandecimiento del poder de los Sumos Pontífices. Inmediatamente despues de la muerte de Zacarías fue elegido Papa el sacerdote Estévan, natural de Roma, y puesto en posesion del palacio pontifical de Letran; pero murió de repente al cabo de cuatro dias sin haber llegado á consagrarse, circunstancia por la cual no le ponen en el número de los Papas. Estévan II, diácono de la iglesia romana, fue nombrado por sucesor suyo, y consagrado el dia 26 de Marzo del año 752. Hizo el mismo uso que Zacarías de las riquezas de la Iglesia. Desde el principio de su pontificado restableció en Roma cuatro hospitales, abandonados mucho tiempo habia; y fundó luego otro para cien pobres. Construyó y dotó ricamente otros dos fuera de la ciudad cerca de la iglesia de San Pedro.

61. Debilitándose cada vez mas en Italia el poder imperial, le destruyeron al fin enteramente los lombardos, como tambien el exarcado de Ravena (1). Aprovechándose el Rey Astolfo de los cuidados que los árabes daban á los griegos, puso sitio á aquella

(1) *Rub. lib. 4. hist.*

ciudad, y se apoderó de ella. El exarca Eutiquio huyó á Grecia, y se acabó entonces el exarcado, cuya duracion desde su establecimiento bajo el Emperador Justino el jóven, fue de unos ciento y ochenta años. No quedó satisfecho Astolfo con esta ventaja, sino que pretendió apoderarse de la misma ciudad de Roma y de todas sus dependencias. No le faltaban fuerzas ni valor, pero estas ventajas le hicieron olvidar la necesidad que tenia tambien de irse atemperando y de la condescendencia. Dejó de conocer el influjo poderoso de los literatos y de los intérpretes de las leyes en las situaciones críticas, en que los pueblos sacuden el yugo y se abandonan á su genio para elegir un nuevo Soberano.

62. Viendo Astolfo que los romanos no podian resistirle, empleó solamente el rigor y las amenazas, y ya trataba de imponerles un tributo anual de un sueldo de oro por cabeza. El Papa le envió los dos abades de Monte-Casino y de San Vicente cerca de Vulturno, para tratar de paz: mas el lombardo lleno de altivéz los despidió sin oírlos. El Papa nombró sin tardanza diputados para el Emperador, á fin de suplicarle, como ya otras veces lo habia practicado, que enviase un egército para libertar á Roma y á la Italia. Estas súplicas no produjeron el efecto que se deseaba. El peligro amenazaba mas de cerca. Astolfo sitió la ciudad y amenazó pasar á cuchillo á todos los ciudadanos si no se rendian inmediatamente. Todo era inquietud y consternacion. El Pontífice se esforzó á reanimar su valor, exhortándolos á implorar los